


LA
ARGENTINA,
O LA
CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA,
POEMA HISTÓRICO
POR EL
ARCEDIANO D. MARTIN DEL BARCO
CENTENERA.
BUENOS-AIRES.
IMPRENTA DEL ESTADO.
1836.

- **DISCURSO PRELIMINAR**
- **AL MARQUES DE CASTEL
RODRIGO**
- **LA ARGENTINA.**

- **CANTO PRIMERO.**
- **CANTO SEGUNDO.**
- **CANTO TERCERO.**
- **CANTO CUARTO.**
- **CANTO QUINTO.**
- **CANTO SEXTO.**
- **CANTO SEPTIMO.**
- **CANTO OCTAVO.**
- **CANTO NONO.**
- **CANTO DECIMO.**
- **CANTO UNDECIMO.**
- **CANTO DUODECIMO.**
- **CANTO DECIMO-
TERCIO.**
- **CANTO DECIMO-
CUARTO.**
- **CANTO DECIMO-
QUINTO.**
- **CANTO DECIMO-SEXTO.**
- **CANTO DECIMO-
SEPTIMO.**
- **CANTO DECIMO-
OCTAVO.**
- **CANTO DECIMO-NONO.**
- **CANTO VIGESIMO.**
- **CANTO VIGESIMO-
PRIMERO.**
- **CANTO VIGESIMO-
SEGUNDO.**
- **CANTO VIGESIMO-
TERCIO.**

- **CANTO VIGESIMO-
CUARTO.**
- **CANTO VIGESIMO-
QUINTO.**
- **CANTO VIGESIMO-
SEXTO.**
- **CANTO VIGESIMO-
SEPTIMO.**
- **CANTO VIGESIMO-
OCTAVO.**

- **TABLA**

- **NOTAS**

DISCURSO PRELIMINAR

a la

ARGENTINA DE BARCO CENTENERA.

Cuando salió á luz este poema sobre la conquista del Rio de la Plata, las musas castellanas habian desplegado, en las obras de Garcilaso, Herrera y Luis de Leon, un estilo culto y elegante. Ni la luchaintestina de Fernando el Catòlico contra los Moros, ni las guerrasexteriores de su sucesor Carlos V, fueron bastantes à detener losprogresos de las letras, que sin proteccion y estímulo florecieron en elreinado sombrío é inquisitorial de Felipe II. El gusto de la literaturaitaliana, que à mediados del siglo XVI. se habia

generalizado en España, y el verso endecasílabo, introducido por Boscan, pusieron en voga a los grandes modelos que se ilustraron en la epopeya, y Ariosto, Camoens, y Taso, tuvieron sus émulos e imitadores.

Mientras que Zapata, Urrea y Samper celebraban a porfía las glorias de Carlos V, Pinciano escribía el *Pelayo*; Cueva, la *Conquista de la Bética*; Hojeda, la *Cristiada*; Mosquera y Zamora, la *Numantina* y la *Saguntina*; y el fértil e inagotable Lope de Vega, la *Dragontea*, el *Isidro* y la *Jerusalén*. Entre tantos ensayos desgraciados, ocupaba un lugar eminente el poema de D. Alonso de Ercilla, que al relatar los sucesos de Arauco, podía decir como Enea

quorum pars magna fui.

El mismo objeto se propuso D. Martín del Barco Centenera en su *Argentina*, en que describió los acontecimientos que presenciaba, sino con toda la escrupulosidad de un historiador, al menos con un fondo de candor que le grangea crédito y confianza. Nació en Logroño, en el partido de Trujillo en Extremadura, cerca del año de 1535, cuando se fundó por primera vez Buenos Aires, de la que estaba destinado a cantar la reedificación. abrazó el estado eclesiástico, y en clase de capellán acompañó la expedición que, en 1572, salió del puerto de San Lúcar, bajo los auspicios del Adelantado Juan Ortiz de Zárate. La descripción de este viaje, una de las partes más interesantes del poema, los amagos de una tempestad, y los estragos del hambre que estalló en Santa Catalina, son pinturas animadas de los incidentes de una larga navegación.

En los veinticuatro años que pasó en América, el deseo de observar tantos objetos nuevos y curiosos, le hizo tomar parte en varias empresas, en las que arrojó grandes peligros, siendo testigo de infinitas desgracias: y al cuidado que tuvo de relatarlas debemos las únicas memorias que nos quedan de un período importante en la conquista de estas regiones. Acompañó á Melgarejo y á Garay en casi todas sus expediciones, y, según parece indicarlo, fué uno de los que concurren á la fundación de Buenos Aires en 1580.^[1]

De todas las privaciones que sufrió, la que más le molestó fué el hambre. Sus efectos fueron sobre todo terribles en Santa Catalina, donde á los horrores de una escasez absoluta se agregaron los de una crueldad refinada en los jefes, que enviaban al cádalso á los que luchaban con la muerte por falta de alimentos. El autor deplora estos rigores culpables; porque

La cosa á tal extremo había llegado
Que carne humana ví que se comía.^[2]

El mismo tuvo que echar mano de lagartijas, que no le parecieron tan sabrosas como ciertos gusanos que comió después en las márgenes del río Huybay. Los había de dos especies, y se criaban en cañas más corpulentas que los *robles*:

En muy poco difieren sus sabores:
Estando el uno y otro derretido,
Manteca fresca á mí me parecía;
¡Mas sabe Dios el hambre que tenía!^[3]

En uno de estos apuros tuvo que usar de su influjo para tranquilizar la conciencia de una mujer, que había hurtado

un perro sin atreverse à echar mano de él. Este episodio puede servir á dar una idea del géniio festivo del poeta.

Viniendo de la iglesia una mañana
Que habia sacrificio celebrado,
Una comadre mia, Mariana,
De su pequeña choza me llamaba
En una isla, dó antes la tirana
Le habia á su marido sepultado:
Y oid lo que me dice muy gozosa,
Aunque del hecho suyo recelosa.

Un solo perro habia en el armada,
De gran precio y valor para su dueño:
Llamado, entró ese dia en su posada,
Mas nunca mas salió de aquel
empeño;

Porque ella le mató de una porrada,
Al tiempo del entrar, con un gran
leño.

Mostrándolo, me dice: *¿Qué
haremos?*

Yo dije:—*Asad, Señora, y
comeremos.*

Estos lances de la vida están descritos en un estilo fácil y natural, que es el tono ordinario del poeta; sin que le falte vigor para elevarse, cuando su alma se halla profundamente conmovida. Si no fuera por no multiplicar citas, reproduciríamos varios trozos que nos parecen dignos de competir con los modelos más acabados de la poesía castellana. Sirva de ejemplo la octava, en que describe el

hambre que asaltó à loscompañeros de D. Pedro de Mendoza en Buenos Aires:

Comienzan á morir todos rabiando,
Los rostros y los ojos consumidos.
A los niños que mueren sollozando
Las madres les responden con
gemidos:

El pueblo sin ventura lamentando
A Dios envia suspiros dolorosos:
Gritan viejos y mozos, damas bellas
Perturban con clamores las estrellas.^[4]

Estos versos son tiernos, pero mas llenos de sensibilidad son los que le inspira la muerte de su compatriota Ana de Valverde.

Llore mi musa y verso con ternura
La muerte de esta dama generosa;
Y llórela mi tierra, Extremadura,
Y Castilla la Vieja perdidosa:
Y llore Logrosán la hermosura
De aquesta dama bella, tan hermosa,
Cual entre espinas, rosa y azucena,
De honra y de virtudes tan bien llena.

Las Argentinas Ninfas, conociendo
De aquesta Ana Valverde la belleza,
Sus dorados cabellos descojendo,
Envueltas en dolor y gran tristeza,
Estan á la fortuna maldiciendo,
Las flechas y los dardos, la crueza

Del indio Mañuá, que así ha robado
Al mundo de virtudes un dechado.^[5]

No es nuestro propósito exagerar el mérito poético de la *Argentina*; ymas bien quisiéramos que quedase reducido à lo que es puramente indispensable para no fastidiar al lector que la consulta como monumento histórico de la época á que pertenece. Cuando se considera que los acontecimientos de un período, que comprende toda la administración de Garay y la de su sucesor Mendieta, no tienen más historiador que un poeta, se siente la necesidad de acreditar, que

.....aunque su musa en verso canta,
Escribe la verdad de lo que ha oído
Y visto por sus ojos y servido.^[6]

Este empeño en que se constituyó voluntariamente el autor, justifica su principal defecto, que es cierto aire prosaico, que es natural que prevalezca en una obra, despojada del brillante cortejo de las ficciones. Quítese todo lo que hay de fantástico en los grandes poemas épicos, antiguos y modernos:—bórrense de la Eneida, de la Jerusalén y de la Lusiada, las pinturas de los Campos Eliseos, de los palacios y de las islas encantadas que tanto nos arrebatan, y no quedará más que una fría narración del viaje de Eneas, de las guerras de Palestina y de la navegación de Vasco de Gama.

Esta especie de *crónicas rimadas* tienen todos los vicios de los géneros bastardos, cuyo carácter ambiguo es el mayor obstáculo à perfección. Moratin en una de sus

mejores sàtiras se declara contra estaclase de escritores, à los que dirige irònicamente los siguientesconsejos.

Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no
cuenta.

No fingas, no; *que es grande
picardia:*

Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pia;

Y en todo cuanto escribas ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas,
*Que así lo debe hacer un hombre
honrado.*^[7]

Pero Moratin habla como poeta, y no piensa que pueda haber una sociedadque busque, en las pocas memorias coevas, tradiciones ciertas de suinfancia: porque en este caso los defectos que ridiculiza le hubieranparecido otras tantas recomendaciones. Si algo falta al autor de laArgentina es la *nimiedad escrupulosa*, que tanto desagrada al Terencioespañol.

Aun así, la autoridad de Centenera ha sido de tanto peso para sussucesores, que hasta han adoptado sus fábulas; y si por mucho tiempo seha creído en las *Sirenas*, en los *Carbunclos* y en otras patrañas delmismo quilate, es porque él aseguró que los habia visto con sus propiosojos.

Los servicios que prestò en la conquista de estas provincias, mas reales que estos juegos de una imaginacion acalorada, le merecieron el título de arcediano de la Asuncion, en cuyo carácter acompañò à Fray Alonso Guerra (recien promovido à la silla episcopal del Paraguay), al concilio convocado en Lima en 1582, por el Arzobispo Melgarejo, mas conocido en los fastos de la iglesia bajo el nombre de *Santo Toribio* con que fué canonizado.

Para introducir alguna variedad en la relacion de estas tareas, pinta la hermosura y el lujo de las damas limeñas, de las que hace un retrato seductor.

Por las calles y plaza y las ventanas
Se ponen, que es contento de mirarlas,
Con ricos aderezos muy galanas,
Y pueden los que quieren bien
hablarlas.

No se muestran esquivas ni tiranas,
Que escuchan á quien quiere
requebrarlas:

Y dicen só el rebozo chistecillos,
Con que engañan á veces los
bobillos.^[8]

En estos episodios, y en los que le ministran los acometimientos de Drake y Candish, acaba su poema, imitando en esto à Ercilla, que tambien se distrae en describir las batallas de San Quintin y Lepanto. Centenera, que no ponía mucha importancia en conservar la unidad del poema, estuvo tentado de tratar de las guerras de Chile; y si no lo hizo, no fué por respeto à los preceptos de

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

